

EDICIONES BIBLIOTECA
"FILMS"

SERIE ESPECIAL



! VIVA MI DESGRACIA !

Pedro
INFANTE

MARIA ANTONIETA PONS
TRIO CALAVERAS

Editorial **ALAS**







¡VIVA MI DESGRACIA!

L
S
N
M
Ac
La
Hac
El
Sen
Dai
El
p
Sain
Una
p
El
p
Malo
Cun
Mar
El
La
e
wo
Los

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 34 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono 70857
Valencia, 334 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENCIA DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbieri, 16, Barcino - Tenorio, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NÚM. 125

NÚM. 372

¡VIVA MI DESGRACIA!

El cine mexicano, cine de tierra caliente, constituye un buen ejemplo de uno de los más inquietantes aspectos de la cinematografía considerada como arte. Entre sus innumerables producciones sobresalen, asimismo, aquellas que, además de exaltar los más puros matices folklóricos, ya sea con sus canciones y costumbres, siempre dotadas de una suave y bella armonía, llegan a alcanzar una innegable «vis cómica».

En ¡VIVA MI DESGRACIA! se ha procurado poner bien alto los valores humorísticos y musicales. Pedro Infante, el nuevo «divo» de los corridos mexicanos y temible rival de Negrete, y María Antonieta Pons son los principales protagonistas de esta comiquísima producción azteca.

Distribución
para España:



Cinematografía Comercial, S. A.

Jacometrezo, 14

MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Ramón Pineda</i> . . .	Pedro Infante
<i>Carolina Flórez</i> . . .	M.^a Antonieta Pons
<i>Cleta</i>	Dolores Camarillo
<i>Mala Sombra</i> . . .	Florencio Castillo

Con la colaboración de A. Varela, A. Soto Rangel y
muy especialmente el «Trio Calaveras».

Director:
Roberto Rodríguez

Narración literaria por
Luis Manuel Molina

LA DESGRACIA DE RAMON PINEDA

Existía en la pequeña aldea mexicana en donde comienza nuestra narración —decimos donde comienza, pues el fin de ella está en la Gloria; claro está que no nos referimos al paraíso, sino al vecino pueblo conocido por ese nombre— una taberna que, debido al exceso de escándalos y borracheras de los que había sido escenario, fué clausurada por la policía, y sus puertas se hallaban precintadas. Esto no era obstáculo para que se continuara jugando y despachando bebidas en su interior, pues en la puerta habían colocado este cartelito:

«Taberna clausurada por la policía. Para pasar no rompa los precintos, salte por la ventana.»

Obedeciendo esta súplica, el lector saltará conmigo —ojo a las faldas si es lectora— por la ventana, pues necesito presentarle a un personaje que en aquel momento se hallaba allí y a otros dos que no tardarán en llegar.

El interior del establecimiento se diferenciaba muy poco de los demás de su estilo. Tal vez un poco más de polvo en los muebles, tal vez un poco más de alcohol en la atmósfera. Sentado ante una de las mesas se encontraba un hombratón de cincuenta años, de aspecto jovial y simpático. Era andaluz de origen y se le conocía por el apodo de «Mala Sombra», aunque nosotros

creemos que la sombra la tenía muy buena, pues era más salado que las pesetas.

Estaba ocupado en aquel momento en la elaboración de una mezcla explosiva para cargar su pistola. Pero antes de seguir adelante aclaremos primero en qué consistía su pistola y analicemos después la composición de la mezcla explosiva.

De su costado derecho pendía una cartuchera y dentro de ella llevaba la más original pistola que se pueda imaginar: era de vidrio y tenía forma de botella. Bueno, esto es lo que en realidad era, una botella que llena de una infernal mezcla explosiva era capaz de causar más estragos que un Colt del 45 manejado por un «gud-man», pues quien bebía de su contenido quedaba preso de una locura que a veces llegaba a ser violenta.

En cuanto a la composición de la mezcla explosiva que utilizaba para cargar su botella-pistola, oigamos al mismo «Mala Sombra» que, a medida que vertía con una copa en ella el contenido de otras botellas, decía:

—Dos copas de tequila, cinco de ron, dos de ginebra, tres de coñac y para darle algo de gusto le pondremos a remojo una guindilla.

Después de decir esto, tapando la botella, la agitó.

En aquel momento entró por la ventana un nuevo personaje. Se trataba de un señor de más de cincuenta años, pelo canoso, expresión firme y enérgica. Vestía con un pulcro traje de ranchero. Sombrero ancho de fieltro, blusa blanca, calzón negro y espuelas de plata en sus botas. Don Marcial Pineda —que así se llamaba nuestro personaje— era el más rico hacendado de la región.

Nada más verle, «Mala Sombra», que trabajaba de criado a su servicio, le saludó respetuoso:

—Buenas noches, patrón.

—Buenas noches, «Mala Sombra» —respondió don Marcial al saludo de su criado—. ¿Has visto por aquí a Ramón?

Era Ramón un hombre joven, fuerte y bien plantado. Tendría entonces unos veinticinco años. Su carácter era alegre y simpático. Muchos motivos tenía para ser feliz, pero una causa se lo impedía: sus fracasos amorosos. No consistían estos fracasos amo-

rosos en desaires de las mujeres; por el contrario, estribaban en el exceso de damas que le cortejaban. ¿Por qué llamar a esto fracasos amorosos?, se preguntará el lector. Muy sencillo: Ramón era sobrino de don Marcial Pineda y era además su único heredero. Esto, más que otra cosa, motivaba el que se viera asediado por el elemento femenino. Todas acudían atraídas por su dinero, y lo peor era que, por ser maestras en la astucia, Ramón, no obstante ir siempre prevenido, tardaba mucho tiempo en descubrir el verdadero motivo de su cariño, lo que le causaba una gran desilusión, pues hasta el momento del descubrimiento creía en la sinceridad de su amor.

—No, por aquí no ha estado—dijo «Mala Sombra», respondiendo a la pregunta que le hiciera don Marcial—. Creo que se marchó a...

—No sigas—le interrumpió su interlocutor—. Ya sé dónde. A cortejar a cualquier estúpida, para luego volver chasqueado. ¡No escarmentará nunca! Pensar que yo me preocupo en conseguirle el amor sincero que él anhela, y que una vez que he conseguido que Gracia, la hermana del farmacéutico, se interese por él, le tiene todo sin cuidado. No le hace el menor caso.

Tenía «Mala Sombra» una gran facilidad para recordar e incluso hacer algunos versitos que, dada la oportunidad con que los decía, unas veces agradaban y otras molestaban. En esta ocasión, al oír mencionar como remedio del mal de amores de Ramón a la hermana de un boticario, recordó unos versitos que, sin tener presente que podían molestar a su patrón, recitó:

«El amor es un bicho
que cuando pica
no se encuentra remedio
ni en la botica.»

Don Marcial le fulminó con su mirada. Quiso amonestarle, pero una canción que oyó en ese preciso momento se lo impidió. Era la voz de Ramón que cantaba:

¡Viva mi desgracia, pues!,
ya que no me quieres tú
porque estoy decepcionado yo
de todas las mujeres.
Cuando yo te conocí

Su voz se oía cada vez más cerca. Don Marcial refunfuñó:

—¡Tate, lo que yo me decía! Otro tropezón, otro desengaño y a arreglarlo todo cantando esa necia canción.

Ramón entró en aquel momento por la ventana. Traía la desilusión pintada en su rostro. Saludó sin demasiada cortesía y dirigiéndose al tabernero ordenó:

—¡Sirvame un tequila!

«Mala Sombra» se acercó a él y le dijo:

—Patrón: ¿quiere un traguito de mi botella?

—No—contestó asustado Ramón—. Aun no quiero morir.

—Déjate de ahogar tus penas con borracheras—terció don Marcial—. No bebas el tequila, ni muchísimo menos de esa botella. Piensa que hay una mujer que te quiere sinceramente.

—¿A mí?—preguntó Ramón, extrañado.

—Sí. Ya sabes que Gracia te quiere.

Ramón apuró la copa de tequila. Sólo así pudo evitar el desmayarse al oír la afirmación de su tío.

Gracia no era fea. Era horrorosa. No era solamente su rostro el motivo de la repugnancia que a todos causaba. Era también sus ademanes y sus modales, de una cursilería y afectación tremendos. A su extravagancia la llamaba distinción; a sus modales cursis, educación y a su pedantería, inteligencia. El estuche de esta joya era la farmacia llamada «El Infortunio» y su celoso guardián, su hermano Ruperto.

Imaginémonos por un momento —más no lo aguantaríamos— las excelsas virtudes de Gracia traspasadas al género masculino y, como premio a nuestro esfuerzo, tendremos delante a Ruperto. Baja estatura, muy estiradito, peinado con raya en medio y con un ridículo bigotito. Vestía levita negra que seguramente heredó,

junto con la farmacia, de su bisabuelo. Durante el trabajo llevaba una bata y un bonete que fueron blancos el día de su estreno.

Ahora nos explicamos por qué Ramón necesitó apurar la copa de tequila cuando oyó las palabras de don Marcial.

—Ninguna mujer me interesa ya—le contestó Ramón cuando reaccionó a sus palabras—. Y mucho menos ésa.

—Está bien, no hablemos más de ello—dijo don Marcial, zanjando la cuestión, y añadió, despidiéndose—: No tardes en ir a casa, Ramón. ¡Adiós!

—Adiós, tío. Iré en seguida.

—Adiós, patrón—saludó «Mala Sombra».

Don Marcial saltó por la ventana. Ramón dijo entonces a «Mala Sombra»:

—Mañana, aprovechando que es domingo, quiero que me acompañes a la Gloria. ¿Estás dispuesto?

—Ya lo creo, patrón.

—Pues bien, prepara pronto el equipaje, pues saldremos en el primer tren. Quiero que lleguemos a tiempo para oír misa allí. ¿Entendido?

«Mala Sombra» asintió.

—Y ahora vámonos—añadió Ramón, sacando un billete de su bolsillo y depositándolo en el mostrador—. El resto para usted—dijo, dirigiéndose al tabernero.

—¡Muchas gracias, don Ramón!—exclamó agradecido por la generosa propina.

* * *

La farmacia de «El Infortunio» no era precisamente un negocio para sus propietarios. Ruperto confiaba tan sólo para conseguir salir adelante, en que su hermana Gracia contrajese matrimonio con Ramón Pinoda. Parte de este deseo se había visto realizado, pues don Marcial miraba ya con buenos ojos este posible matrimonio. No obstante, la parte más espinosa estaba por resolver: Ramón aborrecía a Gracia. Pero a pesar de este incon-

veniente, Ruperto confiaba en que la intervención de don Marcial acabaría arreglándolo todo.

Aquel domingo por la mañana entró don Marcial en la farmacia un tanto disgustado. Hubiese deseado que, aprovechando la festividad, su sobrino saliese de paseo con Gracia. Pero Ramón había frustrado este deseo, pues se marchó con «Mala Sombra» al vecino pueblo de la Gloria.

Ruperto, que notó la expresión de disgusto de don Marcial, le saludó cortésmente y preguntó preocupado, pues imaginaba que era portador de malas noticias:

—Buenos días, don Marcial. ¿Sucedó algo malo?

—Sí, Ruperto—asintió don Marcial—. No consigo nada de Ramón—dijo, explicando el motivo—. Me hubiese gustado que saliese hoy con Gracia y él ha preferido marcharse a la Gloria.

—No se preocupe por ello—animó Ruperto—. Ramón, tarde o temprano, terminará correspondiendo al amor de Gracia.

—Sí, en eso confío. Pero he pensado un plan para que se decida. Verá usted—dijo don Marcial, comenzando a exponer su plan—: Ramón detesta a las mujeres porque éstas no buscan en él más que el dinero. Pues bien, si yo le desheredo, la mujer que entonces le quiera demostrará que su cariño es sincero. ¡Esa mujer será Gracia!—terminó resuelto don Marcial.

La palidez que invadió el rostro de Ruperto al oír estas palabras superó en mucho al color de su bata, sin que esto quiera decir que batió un récord, pues no estaba precisamente limpia como la nieve.

—Pero... no le desheredará, ¿verdad?—balbució.

—No, hombre; no. Lo simularé tan sólo.

Ruperto respiró.

—¡Magnífica idea!—exclamó, alborozado, ya repuesto del susto.

—Sí, magnífica idea—corroboró don Marcial—. Pero es necesario que Gracia no sepa nada. Así, de esta manera, su actitud hacia Ramón será verdaderamente sincera y no tardarán los dos en quererse.

—De acuerdo, don Marcial. Se hará como usted dice—dijo

Ruperto sin poder evitar el frotarse las manos de alegría—. Gracia no sabrá nada.

—Muy bien, en cuanto regrese Ramón, le diré que he decidido desheredarle—dijo don Marcial, y añadió, riéndose—. ¡Vaya susto que se va a llevar! Pero después, cuando se entere de que todo ha sido una treta para convencerle de que hay quien le quiere sinceramente, ¡qué contento se pondrá! Bueno, Ruperto—terminó don Marcial—. ¡Adiós!

—Adiós, don Marcial—contestó Ruperto, abriéndole la puerta y haciéndole una reverencia al pasar.

Cuando después que hubo salido, cerró la puerta, quiso llamar a su hermana, pero no necesitó hacerlo, pues anticipándose a su llamada entró Gracia por la puerta de la trastienda.

—Hola, hermano—saludó—. No me digas nada, pues he escuchado desde la puerta todo lo que habéis hablado—dijo Gracia, confesando con desfachatez su curiosidad.

—Entonces, ya sabes cómo debes comportarte con Ramón cuando reciba la falsa noticia de que ha sido desheredado.

—Sí, Ruperto querido. Seré con él más dulce que la sacarina.

SUBASTA DE UNA CANCIÓN

Conforme a lo que habían previsto, Ramón y «Mala Sombras» llegaron a tiempo para oír la Misa dominical que se celebraba en la parroquia de la Gloria.

Estaba enclavada la iglesia en la plaza mayor del pueblo, en cuyo centro había un quiosco en el que todos los domingos la Banda Municipal ejecutaba—nunca mejor empleada la palabra—diversas piezas musicales, muchas de ellas a petición del público.

Poco después de la salida de la Misa era cuando comenzaba su actuación. Mientras tanto, la gente paseaba o tomaba asiento en

las sillas que rodeaban el quiosco en espera de la llegada de los músicos.

Ramón y «Mala Sombra», mezclados entre el público, paseaban. Acertaron a cruzar ante ellos dos mujeres. Joven y bella la una, madura y entrada en carnes —tal vez criada de la primera— la otra. «Mala Sombra» sintió que se desbordaba el caudal de su gracia andaluza y no pudo evitar el piropo:

—Mira, patrón, qué preciosas.
¿No parecen acaso
dos mariposas?

No pareció importarles mucho a las dos mujeres el piropo de «Mala Sombra», pues pasaron de largo sin hacer caso. Ramón le reprendió:

—Hemos venido aquí para olvidar a las mujeres; así es que repórtate, «Mala Sombra».

La llegada de los músicos interrumpió el paseo. Todo el mundo comenzó a congregarse en torno al quiosco de la música.

Cuál no sería la sorpresa de Ramón cuando oyó que la Banda inauguraba el concierto con su canción favorita en los momentos de desilusión amorosa: «¡Viva mi desgracia!».

Escuchó apesadumbrado. La música penetró en sus oídos y arañó su alma. Pero aun así, era tal el consuelo embriagador que recibía de las notas de esta canción que, cuando acabó, abriéndose paso entre la multitud, llegó hasta el lugar donde se encontraba el director de la Banda y le dijo:

—Ahí van veinte pesos para que repitan la canción.

El director hizo un cortés saludo llevándose la mano a la gorra.

—Gracias, señor —y dirigiéndose a los músicos dijo—: ¡Eh, muchachos!, hay que tocar nuevamente «¡Viva mi desgracia!».

Un gesto de desagrado acogió sus palabras. A los músicos les molestaba besar una pieza. El director, dándose cuenta de la reacción, enseñó los billetes que Ramón le diera. No necesitó ya le-

vantar la batuta para que comenzaran a tocar: la vista de los billetes había surtido efecto.

El público aceptó con indiferencia la repetición de la pieza.

Una de las dos mujeres a quienes piropeó «Mala Sombra» comentó:

—Caramba, qué capricho el de ese señor. ¡Hace que repitan la misma música!

Cleta —nombre familiar por el que se conocía a la que pronunció estas palabras— era una mujer ya madura, tendría unos cuarenta años bien despachaditos y estaba bastante gordita. Desde hacía mucho tiempo era criada en casa de don Doroteo Flórez, presidente municipal de la Gloria.

Aquel domingo por la mañana, como de costumbre, Cleta había ido a acompañar a Misa a Catalina, hija de don Doroteo, muchachita de veinte primaveras y de una belleza realmente extraordinaria y sugestiva. Su rostro, de suaves contornos, era de una expresión alegre y feliz. Radicaba el secreto de esta expresión jovial en el extraordinario brillo de sus ojos oscuros y en la constante sonrisa de sus labios cautivadores. Su figura, de una perfecta armonía, recordaba las esculturas de los maestros griegos.

—Tal vez le guste mucho—respondió Catalina al comentario de Cleta—. No es del todo fea la canción.

En ese momento se acercó a ellas un señor ya de edad. Elegante, aunque algo afectado, vestía con un traje gris cruzado y llevaba sombrero, guantes y bastón. Se trataba de don Leandro Pereda, padre del prometido de Catalina.

—Buenos días, Catalina —saludó cortés, quitándose el sombrero—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, don Leandro, muchas gracias. ¿Sabe usted algo de Pipo?

—Sí, que está impaciente por verte, Catalina. Pero pronto regresará y podréis casaros.

La Banda acabó en aquel momento de tocar por segunda vez «¡Viva mi desgracia!». Ramón, no saciado aún con dos audiciones de la canción, volvió a gratificar nuevamente a los músicos para que la repitieran.

Catalina, al escuchar de nuevo la música, no pudo evitar un gesto de desagrado. Don Leandro, que lo notó, le preguntó:

—¿Qué te sucede, Catalina?

—Nada, esa música—respondió con gesto de asco.

—¿Te molesta?

—Sí—asintió y aclaró la causa—. Es que es la tercera vez que la tocan.

—Pues si te molesta, terminarán de tocarla. Te lo aseguro—dijo don Leandro, y se dirigió resuelto al quiosco de la música. Cuando llegó a él, preguntó en tono de reproche al director—: ¿No saben ustedes tocar otra cosa?

—Cuando nos pagan para que interpretemos una canción se nos olvidan las demás—respondió el director con enorme frialdad.

—Pues yo les pagaré para que cambien la música. Tengan—dijo, sacando un billete y entregándoselo al director—. Ahí van cincuenta pesos.

—Gracias, señor—dijo el director, haciendo una señal con su batuta para que la música cesara.

Don Leandro se dirigió satisfecho hacia Catalina.

Ramón se quedó un tanto sorprendido al oír que cambiaban de música. Comprendió que había sido debido a la intervención del señor que había estado hablando con el director y por ello le siguió con su mirada preñada de indignación.

Don Leandro llegó nuevamente hasta donde se encontraba su futura nuera. La mirada de Ramón que le había seguido tropezó con la de Catalina, quien reconoció en él a la persona que había gratificado a la Banda para que interpretase la canción que a ella le había molestado. Al ver su expresión rabiosa y comprender la causa de ella, le hizo gracia y le dirigió una sonrisa burlona.

Ramón tragó saliva. «Mala Sombra» le preguntó, extrañado:

—Patrón, ¿es posible que permita que se rían de usted?

—¡Bah!—dijo despectivamente Ramón—. No quiero enfadarme por una impertinencia de una mujer.

—No le reconozco, patrón. ¿Qué cambiado está! Eche un

trago de mi botella y verá qué bien le sienta. —«Mala Sombra extrajo de su cartuchera su botella, pistola y se la tendió.

Ramón bebió un trago. Una sacudida agitó su cuerpo. Después se creyó poco menos que archipámpano de las Indias y se dirigió al quiosco de la música.

—¡Tome, cien pesos para que toquen mi canción!—dijo con energía.

El director, que se vendía siempre al mejor postor, dió las gracias y ordenó a los músicos que cambiaran de pieza para complacer a Ramón.

Don Leandro recibió una ducha de agua fría al oír la canción que acababa él de interrumpir. Se dirigió esta vez aun más rabioso al quiosco de la música e increpó al director:

—¡Sinvergüenza! ¡Aceptar mi dinero para no hacer caso a mi petición! ¡Denunciaré este caso al presidente municipal!

—Dispense usted—se excusó el director, y señalando a Ramón que aun no se había marchado, añadió—. Ese señor nos ha pagado nuevamente para que toquemos su canción predilecta.

—No me importa, le pagaré cien pesos si se callan.

Mientras discutían, la Banda, impasible, seguía tocando.

—Imposible, señor. El caballero aquel nos dió la misma cantidad. Si desea ser complacido tendrá que darnos más dinero.

—Tenga —dijo sin vacilar don Leandro—. Ciento cincuenta pesos.

Una señal del director paró la música.

—¡Doscientos pesos!—exclamó Ramón.

El público, que al principio empezaba a impacientarse, le hizo gracia aquella subasta de música, y comenzó a animar a los contrincantes.

—¡Animo, no se deje pisar!—gritaron a don Leandro.

—¡Dale ahí, chango!—animaron a Ramón.

—¿Quién da más?—preguntó el director, tomándolo también a chirigota.

—¡Doscientos cincuenta!—exclamó picado don Leandro.

—¡Trecientos!—replicó su contrincante!

—¡Cuatrocientos!—pujó el señor Pereda.

Ramón comprendió que si lograba derrotar a su contrincante le haría en cierto modo un favor, pues le ahorraría el pagar una cantidad considerable que en un momento de ofuscación había ofrecido. Por ello, aprovechando que don Leandro había pujado el último, simuló retirarse, para continuar pujando después de haberle hecho desembolsar los cuatrocientos pesos.

—Me rajo—dijo, simulando contrariedad.

—Tenga—dijo satisfecho don Leandro, llevándose la mano a la cartera— mis cuatroc... —cambió de color, pues vió que no llevaba suficiente dinero en su cartera. Nerviosamente palpó sus bolsillos, en vano— Dispense... —balbuceó—. Creí que tenía bastante dinero.

El público comenzó a abuchearle. Ramón, queriendo aplastar definitivamente a su adversario, dijo al director:

—Ahí van los cuatrocientos pesos que el señor no tiene. Y ahora toquen lo que él quiera.

Volvió su espalda y dirigió una mirada triunfante a Catalina. Ahora, era él quien reía.

Catalina tembló de indignación. La derrota de don Leandro había sido también derrota suya.

—¡Cleta!—ordenó—. ¡Vámonos!

FOTOGRAFÍAS DE IDA Y VUELTA

En tanto sucedía lo que acabamos de referir, «Mala Sombra» no apartó la vista de Cleta, que, a escondidas de Catalina, correspondía con sonrisas conquetas a sus miradas apasionadas.

Así es que cuando las dos mujeres abandonaron la plaza mayor, «Mala Sombra» quiso seguirles para ver dónde vivían. Para

conseguirlo trató de interesar a Ramón y dijo sin dar apenas importancia a sus palabras.

—No estaba mal la changuita esa, ¿verdad, patrón?

—No. Era muy linda.

—Me gustó, patrón, ver cómo se enfadó cuando aplastó a ese señor engomado—dijo «Mala Sombra», haciendo unos ademanes cursis para imitar a don Leandro.

—A mí no me gustó, «Mala Sombra». Después de todo, esa mujer no me ha hecho nada —y añadió, lamentándose—: Siento haberla ofendido.

—No se apure, patrón. Podemos seguirlos, ver dónde viven y si usted quiere puede excusarse...

—Tienes razón, «Mala Sombra». Vamos allá.

«Mala Sombra» se sintió satisfecho. Había conseguido lo que se propuso.

Siguieron a las mujeres, y cuando vieron la casa donde entraron, no pudieron reprimir una exclamación de asombro.

La casa en cuestión era un suntuoso edificio que nada tenía que envidiar a los mejores palacios de las grandes ciudades. Coronando su amplio portalón estaban dos nobles escudos que indicaban la alcurnia de sus moradores.

Como si el palacio les repeliera, dieron media vuelta y se marcharon un tanto cohibidos.

Aprovechando que era la hora de comer se dirigieron a la posada donde tenían el equipaje para almorzar allí.

Después de comer, «Mala Sombra» quiso dar un paseo y para ello pidió autorización a Ramón.

—Está bueno, pero no tardes—accedió éste.

—Descuide, patrón. Pronto estaré de vuelta.

El paseo que dió «Mala Sombra» fué desde la posada hasta la casa de don Doroteo Flórez. Una vez allí, trató de averiguar qué ventana correspondería a la habitación de Clea, y dió varias vueltas al edificio. Por fin, decidió silbar ante la ventana de la cocina, pues pensó que seguramente la chachita de sus ensueños estaría allí.

Efectivamente, al poco de silbar oyó ruido tras los cristales y apareció Clea.

—Buenas tardes—saludó «Mala Sombra».

—¿Conque es usted? Si llevo a saberlo...

—¿No se hubiera asomado?

—Al contrario, no le hubiera hecho esperar tanto—fué la simpática respuesta de Clea.

—Gracias, paloma.

—No me llamo paloma, Clea es mi nombre.

—«Mala Sombra» me dicen a mí.

—Pues oyeme, «Mala Sombra»—dijo Clea, tuteándole—. ¿Quién era ese que iba contigo y que tanto hizo enfadar a mi señorita?

—Don Ramón Pineda, mi patrón.

—Sois forasteros, ¿verdad?

—Sí que lo somos.

—¿Habéis venido a la Gloria para asistir a la kermesse de San Antonio que se celebrará esta noche?—preguntó Clea con curiosidad femenina.

—Hemos venido tan sólo a pasar el día—respondió «Mala Sombra».

—Pues quedaros a la kermesse, ya veréis qué bien lo pasáis. Mi señorita Catalina y yo iremos.

—Intentaré convencer a mi patrón. ¿Cómo podré avisarte si lo consigo?

—Espera—dijo Clea, abandonando la ventana y volviendo al poco rato con una cesta tapada—. Toma, aquí dentro hay dos palomitas. Escríbeme una nota, lástas a la paloma y la sueltas. Ella volará hasta aquí y me traerá tu recado. ¿De acuerdo?

—Así lo haré, clavelito mío—dijo «Mala Sombra», cogiendo la cesta—. ¡Adiós!

—Adiós, «Mala Sombra».

Cleta estaba nerviosa esperando la respuesta de «Mala Sombra», y mientras peinaba aquella tarde a Catalina hablaba por los codos.

—¿Qué ganas tengo de que sea ya la hora de ir a la kermesse! A lo mejor San Antonio hace un milagrito y encuentro novio. Además —prosiguió hablando infatigablemente—, estará muy animada, pues creo que han venido hasta forasteros...

Una paloma que se posó en la ventana interrumpió sus palabras, sabiendo que se trataba de la contestación de «Mala Sombra», no esperó un segundo y se dirigió hacia la paloma, cogiéndola. En una de las patas llevaba un rollito de papel. Cleta lo desdobló y encontró, además de una notita, dos fotografías, una de Ramón y otra de «Mala Sombra».

Catalina, extrañada, preguntó:

—¿Qué trae esa paloma? Enséñamelo.

Cleta obedeció ruborizándose.

La sorpresa que experimentó Catalina al ver una fotografía del caballero que la había hecho enfadar esa mañana no tuvo límites. Pero cuando leyó la dedicatoria que tenía al pie, su sorpresa se convirtió en indignación. Decía la dedicatoria:

«Catalina:

Ahí le mando mi retrato.

Si no lo acepta, ¡me mato!

Ramón Pineda.»

Tiró rabiosa la fotografía al suelo y miró la otra. Reconoció en ella al acompañante de Ramón Pineda. También ésta traía dedicatoria. Catalina la leyó:

«Si no me quieres, Cleta,

me muero de la rabietta.

«Mala Sombra.»

Quiso tirar la fotografía, pero se contuvo. Se la tendió a Cleta y le dijo:

—Esta es para ti.

Después, leyó la nota. Decía simplemente:

—«Las esperamos esta noche en la kermesse.»

—¡Que esperen sentados!—dijo Catalina, indignada, y añadió—: Trae las fotografías, les vamos a contestar.

Cleta recogió la fotografía de Ramón y se la entregó junto con la de «Mala Sombras». Catalina cogió un papel y escribió una notita. Después, mirando fijamente las fotografías, se le ocurrió una venganza...

* * *

A «Mala Sombras» se le cayó el alma a los pies cuando Ramón le comunicó que se marcharían aquella misma tarde y le ordenó que preparara el equipaje.

—Tanto equipaje, para estar sólo unas horas. ¡Maldita sea!—refunfuño.

—Calla ya, «Mala Sombras», y date prisa en prepararlo todo; tenemos que marcharnos pronto—replicó Ramón.

«Mala Sombra» masculló entre dientes:

«Tonto soy por la mañana,
tonto al mediodía,
tonto por la tarde
y tonto todo el día.»

—¡Pensar que me había hecho la ilusión de asistir a la kermesse de San Antonio! ¡Maldita sea!

Ramón no hizo caso. Mientras escuchaba estas lamentaciones de «Mala Sombra» se vestía para el viaje.

—¡Quién a mal árbol se arrima, malas puñaladas le den!—casió «Mala Sombra» en sus lamentaciones—. Y eso me ha pasado a mí por arrimarme a usted. ¡Maldita sea!

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante!—ordenó Ramón.

—Señor—dijo el recadero que entró— Esta carta es para usted.

Ramón cogió la carta y la abrió. Dentro había una esquila, escrita con rasgos femeninos, que decía:

«Pueden esperarnos en la kermesse... pero sentados.»

Ramón estaba sorprendido, no sabía de qué se trataba. Su estupor aumentó al ver que el sobre contenía también dos fotografías: una de «Mala Sombra» y otra suya. Leyó anonanado las dedicatorias y contempló los retoques que una pluma guasona había realizado en los retratos.

Tanto el suyo como el de «Mala Sombra» lucían dos magníficas orejas que nada tenían que envidiar a las del «burro más pintado». Unas ridículas barbitas de chivo, adornadas además sus barbillas.

«Mala Sombra», que vio de lo que se trataba, empezó a temblar, pues él fue quien envió las fotografías y la nota a las dos mujeres, y lo había hecho sin consultar nada a su patrón. Ramón, que notó su turbación, le preguntó:

—¿Esto es obra tuya, verdad?

—Verá usted, patrón...—balbució «Mala Sombra», tratando de excusarse.

—No, yo no tengo que mirar nada. Miralo tú—le dijo de mal talante, enseñándole las fotografías.

«Mala Sombra», queriendo quitarle importancia a los retoques, sonrió y dijo:

—Lo que se dice muy favorecidos, no estamos. Pero yo creo que retocando en esta fotografía la oreja derecha y mirándola con buena voluntad...

—Ni con buena voluntad siquiera, voy a perdonarte a ti... ¡Maldita seas! Me has puesto en ridículo y te voy a... —se detuvo, su mirada se posó en una enorme alcayata que había en la pared y viendo en ella el castigo para «Mala Sombra» prosiguió— colgar de esa pared.

—No, patrón, no—imploró su criado.

Ramón no hizo caso, le cogió por la cintura y levantándolo hasta la altura de la alcayata le enganchó por el cinturón a ella.

—Ahí te quedas, hasta que te mueras de hambre.

Llamaron a la puerta y sin esperar a que Ramón diera su permiso entraron varios hombres.

El de mayor edad de ellos era don Doroteo Flórez, a quien, en su calidad de presidente municipal, don Leandro Pereda había presentado una denuncia contra Ramón Pineda en vengaza de la humillación sufrida aquella mañana.

—¿Es usted el forastero que esta mañana dió un escándalo en la plaza mayor?—preguntó don Doroteo.

—Sí, soy forastero. Pero no he dado ningún escándalo esta mañana, ni nunca.

—¿Usted no fué quien gratificó al director de la Banda para que interpretaran varias veces la misma canción?

—Sí, señor, fui yo. Pero no creo que eso constituya un escándalo.

—En la manera que usted lo hizo, sí. Además—prosiguió don Doroteo—, puso en ridículo a una persona que goza aquí de gran prestigio. Por todo ello —añadió autoritario—, le ordeno que abandone este pueblo antes de veinticuatro horas. De lo contrario —amenazó—, irá usted a la cárcel. ¿Entendido?

Después de decir estas palabras, el presidente municipal dió la vuelta para marcharse, lo que le permitió ver a «Mala Sombra» colgado en la pared.

—¿Qué hace usted allí?—preguntó, sorprendido.

—Soy el ángel de la guarda de don Ramón Pineda—contestó guasón «Mala Sombra», agitando sus brazos como si fuesen dos alas.

Don Doroteo no hizo ningún comentario. Pensó que estaba ante dos locos y se marchó con su acompañamiento. Cuando cerró la puerta, Ramón descolgó a «Mala Sombra» y le dió:

—Ahora es cuando no nos marchamos. A Ramón Pineda no le manda nadie.

—Entonces, iremos a la kermesse, patrón?

—Ya lo creo y de cabeza. «Mala Sombra». Vamos a demostrar a las changuitas esas quiénes somos nosotros.

LA KERMESSE DE SAN ANTONIO

Un motivo piadoso era el que había movido a las organizadoras de la kermesse de San Antonio: se trataba de recaudar fondos para los niños pobres de la Gloria.

Entre las promotoras de esta obra caritativa se hallaba Catalina Flórez que, como hija del presidente municipal, había sabido dar ejemplo a las demás.

Al comenzar la kermesse, se colocó junto a la puerta de entrada, bellamente ataviada con un traje de mantilla y llevando en su brazo un cestito de claveles, que comenzó a ofrecer a los que entraban a cambio de un pequeño donativo.

De los primeros en llegar fué «Malá Sombra», que, impaciente por asistir a la kermesse, se anticipó a su patrón. Cuando se enteró de que la entrada costaba dinero se arrepintió de haberse anticipado, pues de haber ido con Ramón, éste le hubiese pagado su entrada. Le esperó por ello un buen rato, pero viendo que se retrasaba, decidió colarse.

Al tratar de saltar la valla, un golpe que recibió en la cabeza le detuvo en seco: Clea, vestida de policía femenino, había sido la que manejó la porra.

—Caballero—dijo como si no le conociera—. Hay que entrar por la puerta y pagar la entrada. Es para los niños pobres.

—¡Caramba! Menos mal que este trato es para los amigos, sino...—refunfuñó «Mala Sombra», obedeciendo la orden de Clea y dirigiéndose a la puerta.

Nada más cruzarla, Catalina le ofreció un clavel. «Mala Sombra» la reconoció al punto y le dijo:

«Te pido por compasión
que si repartes claveles,
le des uno a mi patrón»

No hizo caso Catalina a los versos de «Mala Sombra», y le señaló la bandeja donde debía depositar su donativo.

Poco después llegó Ramón Pineda. Al entrar, Catalina le ofreció un clavel. Ramón hizo un ademán vanidoso y sacó de su cartera un billete de cien pesos.

—No, caballero—le dijo Catalina, queriendo castigar su defecto de hacer ostentación de su dinero, defecto que ya advirtió aquella mañana cuando humilló a don Leandro al pagar por él los cuatrocientos pesos—. Este clavel tiene un precio tan elevado que usted no lo podrá pagar. Por eso se lo regalo, no vaya a quedarse sin su fortuna.

Ramón Pineda acusó el golpe. Pero, orgulloso, no aceptó el clavel, se lo devolvió y dijo:

—Téngalo. No quiero obligarla a que se fatigue con el peso de los billetes que podría darle por este clavel. ¡Adiós!

Y sin decir nada más, entró en la kermesse en busca de «Mala Sombra». Lo encontró entusiasmado tratando de colar unas argollas en los cuellos de unas botellas.

Cuando vio «Mala Sombra» la cara de vinagre que traía Ramón, dijo, guasón:

—Patrón, si se pone a chupar en este momento un limón, estoy seguro de que el limón hace gestos. ¿Qué le sucede?

—Nada, «Mala Sombra», la mujer esa que me ha puesto de malhumor. No la comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende de ella, patrón?

—El desprecio hacia mi dinero. Me lo acaba de demostrar en este momento. Hasta ahora no me había ocurrido nada semejante con ninguna mujer.

—Pues sí que es rara la chiquilla—comentó extrañado «Mala Sombra»—. Puede que su dinero no le importe. Pero lo que es el mío...

—¿Qué quieres decir, «Mala Sombra»?

—Que me ha hecho pagar cinco pesos por un clavelillo. ¡Maldita sea!

—Porque se trataba de una obra de caridad.*

—Pues vaya con la caridad. En vez de socorrerme a mí, que soy más pobre que las ratas, me saca el dinero.

Ramón no respondió al comentario de «Mala Sombra», permaneció callado. Las palabras que se había cruzado con Catalina hacía unos momentos le habían impresionado.

—Creo que esta mujer me está empezando a interesar—pensó—. Es guapa y, aunque conmigo no ha sido muy buena, debe tener un gran corazón. Si no, ¿cómo explicar que participe en una obra tan caritativa como ésta? Además —siguió pensando—, es la primera mujer que conozco que no le interese mi dinero. Creo que me estoy empezando a enamorar de ella...

Algo rompió el hilo de estos pensamientos. Catalina había cruzado ante él y se dirigía hacia donde había una echadora de cartas. Ramón la siguió y llegó a tiempo para oír las palabras que se cruzaron.

—Hola, Catalina—dijo la echadora de cartas—. ¿Quieres que te adivine el porvenir?

—Gracias, Dora. Sólo quiero que me digas qué tal va la recaudación.

—Muy bien. Creo que podremos hacer felices a los niños pobres. ¿Se ha recaudado también mucho dinero en los demás sitios?

—preguntó Dora.

—Eso estoy viendo. ¡Adiós, Dora!

—Espera, Catalina. No vayas tan aprisa. Quiero adivinar tu porvenir.

—Está bien. Si te empeñas...

Ramón, que estaba detrás de ella, hizo una señal a Dora para que al echarle las cartas a Catalina le dijese algo de él.

—¡Música!—ordenó la echadora de cartas a un guitarrista que trabajaba con ella.

Sonó la guitarra y Dora empezó a cantar:

JARROCHA POBLANA

Venga y mire el forastero,
que voy a leerle el destino;
y si es hombre todo entero
no va a gustarle el espino,
pues yo no me presto a bromas
en que con amor se juegue.

Preste oídos y no se ponga
a hacer tontos arrumacos,
bien se le nota en la cara
que es extraño a Guanajato.

Cuando Dora terminó de cantar, el guitarrista tiró su guitarra a Ramón para que contestara. Catalina, sorprendida al ver lanzar el instrumento musical por los aires, se volvió para ver quién estaba detrás de ella. Al ver a Ramón Pineda, apartó rápidamente la vista; Ramón, que no podía evitar su carácter altanero, quiso verigarse de esta actitud despectiva y, tocando la guitarra, comenzó a cantar:

Quizás sea forastero
pero eso no tiene importancia;
cállese pues la imprudente
y no meta más el remo,
pues si yo he venido aquí,
donde nadie me ha llamado,
ha sido que una mujer
mi sentido ha trastornado.

Catalina consideró la canción de Ramón como una impertinencia y lo mismo le sucedió a Dora, que, reclamando la guitarra a Ramón, contestó con esta canción:

Eso del meter el remo
lo hacéis vos con gran cuidado,
no sea usted mal educado
y váyase con viento fresco.

Muy satisfecha por la réplica que Dora había dado a la canción de Ramón, Catalina la saludó agradecida y se marchó. Ramón no supo si decidirse a seguirla o renunciar definitivamente a ella. La enorme atracción que ejercía la belleza de Catalina lo decidió por lo primero.

Toda esta escena fué presenciada por «Mala Sombra» y Cleta, que se habían encontrado nada más alejarse Ramón de su criado.

Cleta, que al ver a la echadora de cartas recordó una antigua broma, quiso gastársela a «Mala Sombra» y le dijo:

—¿Quieres que adivine tu porvenir leyendo la mano?

—Sí—asintió «Mala Sombra»—. Y dime si una mujer gordita como tú me quiere—dijo mirándola con arrebato.

—Está bien—dijo Cleta, fingiendo seriedad—. Trae la mano—«Mala Sombra» se la tendió—. Veo una línea muy negra—empezó diciendo Cleta—que me dice... que me dice... ¡que hace un mes que no te lavas las manos! ¡Guarro!

«Mala Sombra» comprendió la broma e hizo eco a las carcajadas de Cleta.

LA CARCEL DEL AMOR

No se había regateado detalle para conseguir que la kermesse resultara divertida y animada. Tanto había sido el celo de sus organizadoras en este sentido, que instalaron una «Cárcel del amor», con objeto de castigar a los jóvenes de ambos sexos que no se comportaran alegremente.

Cruzaba Catalina ante ella, cuando dos mujeres vestidas de gendarmes la detuvieron.

—¡Alto, Catalina! ¿Qué es eso de ir por la kermesse sin compañía? ¡Quedas detenida!

—No broméis. Eso no reza conmigo. Yo no pertenezco al público que ha venido a divertirse.

—Es lo mismo—respondió inflexible una de las mujeres guardias—. Has infringido la ley de la kermesse y debes cumplir tu condena.

De nada valieron a Catalina sus nuevas protestas, pues entre las dos mujeres la obligaron a entrar.

Ramón, que la había seguido, llegó en aquel preciso instante.

—¿Qué es eso?—preguntó, extrañado—. ¿Por qué la encierran?

—Por haber faltado a las leyes—explicó una de las mujeres.

—Pues enciérrenme a mí con ella.

—Necesitará cometer algún delito.

—¿Cuál?

—No bailar, ir sin compañía, insultar...

—¿Insultar ha dicho?

—Sí.

—Pues es usted un papagayo.

—¡Adentro! ¡Queda usted detenido!

Ramón no necesitó que le obligaran, entró y se acercó a Catalina.

—Catalina...—suspiró.

No recibió respuesta.

—Escúcheme, Catalina...—insistió Ramón, y como esta vez tampoco recibiera contestación, comenzó a cantar:

Aquí estoy porque el destino
me trajo cerca de ti.
Tú que eres mi sol y encanto
que llenas todo mi ser.

Amorcito de mi vida,
cariño de mi querer,
no te alejes de mi lado
que me haces padecer.

Amorcito de mi vida,
aquí estoy, bien junto a ti,
embriagado en tu perfume
de mañanita de abril...

Aquí estoy porque el destino
me trajo cerca de ti.
Ya que estoy junto a tu lado,
no te separes de mí.

(bis)

La voz de Ramón era demasiado armoniosa y la canción demasiado bonita para que Catalina no se conmoviera. No obstante, trató de disimular, pues no quería alagar a Ramón, lo mucho que le había gustado, y fingiendo estar molesta dijo a sus carceleras:

—Ya llevo aquí demasiado rato. ¡Abridme!

—Tendrás que pagar una multa de diez pesos si quieres salir —le contestaron.

—Ahí van veinte pesos, diez por ella y diez por mí —terció Ramón.

—Gracias, señor. Ya pueden salir. Una de nosotras les acompañará al Juzgado de guardia.

—¿Qué Juzgado? —preguntó Ramón, sorprendido.

—Todas las parejas que salen de esta cárcel están obligadas, además de pagar la multa, a contraer matrimonio en el Juzgado. Así es que vamos a él.

Catalina se opuso nuevamente a que continuara esta broma, pero no logró evadirse de las leyes que regían en aquella ker-messe.

Con cara malhumorada aguantó las palabras de la mujer juez:

—Ramón Pineda, ¿desea como legítima esposa a Catalina Flórez?

—Sí —asintió Ramón.

—Y usted, Catalina Flórez, ¿desea como legítimo esposo a Ramón Pineda?

—Yo lo que deseo —respondió Catalina, indignada— es que termine pronto esta estúpida farsa.

El juez no hizo caso a estas palabras.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo, entregándoles unos anillos de latón—. Y ahora —añadió— pueden ustedes besarse.

Ramón se adelantó, pero Catalina echó a correr. Quiso Ramón seguirla, pero la mano del juez le detuvo.

—No se vaya sin pagar mis honorarios. Es otro donativo para los niños pobres —aclaró.

Ramón entregó cien pesos y salió corriendo tras Catalina, pero le fué imposible seguirla, pues había desaparecido.

Cuando se hallaba buscándola afanosamente por la kermesse se dió de narices con el presidente municipal de la Gloria, cuyo parentesco con Catalina desconocía.

—¡Caramba, usted por aquí!—saludó don Doroteo—. No se habrá olvidado de que dispone de un plazo de veinticuatro horas para marcharse, ¿verdad?

—No, no me he olvidado, pero me temo que no pueda cumplirlo.

—¿Por qué?

—Es que me he casado con una mujer que vive en este pueblo.

—¡Qué sorpresa! Eso sí es lo que se llama «llegar y besar el Santo». ¡Qué rápido ha sido usted! Me alegro que haya sentado la cabeza, porque espero que después de casado no dará ya más ningún escándalo público.

—No, desde luego. Seré muy formal.

—Está bien. Así viviremos todos muy felices. Yo no necesitare molestarle más y usted vivirá feliz en compañía de su mujer, a menos que sus suegros no le molesten—terminó don Doroteo, hablando por propia experiencia.

—De eso precisamente tengo miedo, de que me puedan dar la lata mis suegros.

—Pues siga usted un consejo que le voy a dar. La primera vez que le molesten, reaccione enérgicamente y ya podrá usted estar seguro de que no volverán a molestarle. Pero, eso sí, no se deje pisar nunca la primera vez, como por desgracia me pasó a mí, si no después estará perdido. Y si le molestan mucho no vacile en emplear el arsénico.

—No, veneno no emplearé. Si mi suegro me molesta, le daré una muerte lenta. Le apretaré poco a poco la garganta. Así—dijo, rodeando con sus manos el cuello de su interlocutor— y le diré: «Suegro mío, me voy a vengar de tu maldad matándote poco a...»

—se detuvo, había visto a Catalina que venía hacia él, aunque se equivocó, pues cuando llegó hasta donde se encontraban, saludó a don Doroteo sin hacerle caso a él.

—Hola, papá.

—Hola, hija mía.

Ramón se quedó estupefacto.

—¿Cómo! ¿Es ésta su hija?—preguntó a don Doroteo.

—Sí, ¿qué hay de particular en ello?

—Nada. Excepto que es la mujer con quien me acabo de casar.

—¡Mentira! ¡Todo ha sido una farsa!—dijo Catalina, indignada—. Ese caballero es un impertinente que no ha dejado de molestarme durante toda la kermesse.

A don Doroteo se lo llevaron los demonios, pero tuvo la serenidad para sonreír y decirle a Ramón:

—Vaya, amiguito mío, ahora sí que no se libra de la cárcel.

«Mala Sombra», que pasaba acompañado por Clea, vió a su patrón platicando con el Presidente municipal y, suponiendo que se trataba de algo malo para Ramón, se dirigió hacia ellos.

—Patrón, si le molesta este chango, dígamelo, que ahorita mismo le maltrato.

—¡Caramba! —exclamó don Doroteo—. Aquí está el otro. Bien, bien han caído dos pájaros de un solo tiro. ¡Policías!—gritó a dos gendarmes que pasaban en aquel momento y que obedecieron al instante al reconocer al presidente municipal—. ¡Llévense a estos dos sujetos a la cárcel!

Los dos policías obedecieron, y Ramón, acompañado por «Mala Sombra», fué a dar con sus huesos en la cárcel municipal de la Gloria.



Ramón quedose pensativo.



— ¡Quintus!



— ¡Viva mi desgracia!
¡Ayyy!



El mariachi se picó ante
la música del jazz. 7



— ¡Suelta la tequila o te perjudico!



Ramón escuchó cruzado
de brazos.



En la taberna se armó
una infernal algarabía.



El blanco de las miradas
femeninas era Ramón.



Aquí estoy porque el
destino me trajo cerca
de ti.



— Eso se llama matar
dos pájaros de un tiro.



Allí contrató a un grupo de músicos.



Catalina aparentó no interesarle la compañía de Ramón.



La serenata de Ramón
fue algo espectacular.



—Deseo a esta mujer
como legítima esposa.



Los tres hombres se dirigieron a la Parroquia con su dulce carga.



Da un beso a tu dulce carga.
Cada uno de ellos.

EN LA CÁRCEL MUNICIPAL

Las primeras horas que Ramón estuvo encerrado se las pasó maldiciendo. De su boca salieron truenos, relámpagos de sus ojos.

Después, ronco ya de maldecir, se conformó con pasear nerviosamente de un lado para otro. «Mala Sombra», que por no haber despilfarrado sus gruñidos como hiciera Ramón tenía en su alforja todavía bastantes, continuaba mastullando:

«Si en la cárcel me encerraron
fué por meter las narices
donde no me llamaron.»

—¡Maldita sea!

Ya de mañana, un carcelero se acercó a la celda y abriendo la puerta de rejas les dijo:

—Están en libertad. Han pagado su multa y pueden marcharse.

—¿Que han pagado nuestra multa? —preguntó, extrañado, Ramón—. ¿Quién?

—Esta señorita—dijo el carcelero, señalando a Catalina, que en aquel momento llegaba.

Al ver a Catalina, Ramón cerró la puerta.

—La libertad a ese precio no la quiero—dijo Ramón—. ¡Yo no acepto limosnas!

—No es una limosna—aseguró Catalina—. Es una deuda que tengo con usted.

—¿Conmigo?

—Sí. Desde que pagó mi multa para que saliera de la «Cárcel del amor».

—Aquello no fué más que una broma —replicó Ramón—. Esto, en cambio, es muy serio.

—Está bien. Hagan lo que quieran —dijo Catalina ante la terquedad de Ramón—. Márchense o quédense. ¡Adiós!

Y después de decir estas palabras se marchó.

Ramón permaneció dentro de la celda sin querer salir. «Mala Sombra» le animó para que se marcharan.

—Vayámonos, patrón, antes de que se arrepientan.

El carcelero intervino:

—Señores, no tienen más remedio que salir. La cárcel no es un hotel en donde se puede entrar y salir a voluntad.

Ramón, viendo que era inútil y además necio el obstinarse en permanecer encerrado, se decidió a salir, y cogiendo su sombrero se marchó acompañado de «Mala Sombra».



Pronto se le pasó el malhumor a Ramón. Comprendiendo que su actitud hacia Catalina había dejado bastante que desear, y arrepentido por este comportamiento, decidió ir a excusarse antes de marcharse a su pueblo. «Mala Sombra» le acompañó pues él también tenía alguien de quien despedirse.

Al llegar a la casa de don Doroteo Flórez, se separaron. «Mala Sombra» se dirigió a la ventana de la cocina en busca de Clea y Ramón se detuvo ante un balcón, a través del cual había oído las dulces notas de un piano que tocaban la canción de: «¡Viva

mi desgracia!». Ramón supuso que sería Catalina la que tocaba y llamó a los cristales: «

La música cesó. Se oyó ruido de pasos y la ventana se abrió.

—Buenos días, Catalina—saludó Ramón con cortesía al ver aparecer a la hija de don Doroteo.

—Buenos días, don Ramón—repuso Catalina.

—He venido, señorita, para despedirme de usted—dijo Ramón, y añadió—: y también para presentarle mis excusas.

—No tiene usted que excusarse de nada.

—Es usted muy indulgente, señorita. Sólo en veinticuatro horas que he permanecido en este pueblo la he ofendido tres veces. La primera a causa de una canción...

—No me ofendí en esa ocasión. Fui yo la primera en herirle

—repuso Catalina, añadiendo—: ¿No me explico el porqué se obstinaba en que repitieran la misma canción?

—Es mi canción favorita—explicó Ramón—. Me consuela mucho el oírla después de algún fracaso.

—Habla usted como si hubiese fracasado muchas veces.

—Sí, desgraciadamente, ha sido así—respondió Ramón, lamentándose.

—Cuánto lo siento—compadeció Catalina.

—La ofendí también—prosiguió Ramón—en la kermesse. Reconozco que mi comportamiento fué bastante impertinente. Consentí en que la broma fuese demasiado lejos, sin pensar en que con ello podía molestarla.

—Tampoco me molestó en aquella ocasión. Mire—dijo Catalina un tanto ruborizada—, aun conservo el anillo de latón que dieron en aquel juzgado de pega.

—Es usted verdaderamente buena, Catalina. Le aseguro que de haber conocido antes una mujer como usted no hubiese necesitado cantar nunca «¡Viva mi desgracia!»

«Yo también le he conocido un poco tarde—pensó Catalina al acordarse de su compromiso con Pipo, el hijo de don Leandro Pereda.»

—Espero, señor Pineda, que le volveremos a ver por la Gloria.

—Sí, volveré. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no me llame señor Pineda y que me llame simplemente Ramón.

—Está bien, Ramón. ¡Hasta pronto!

—Adiós, Catalina. ¡Hasta pronto!

Se miraron y con su mirada se dijeron lo que con palabras no se habían atrevido a decir: que estaban enamorados el uno del otro.

Después de esta despedida, Ramón se dirigió en busca de «Mala Sombra». Lo encontró charlando con Cletita, y mientras se acercaba oyó que hablaba muy cariñosamente:

—Ay, Cletita de mis entretelas,
por darte un beso en los labios
que son dos rosas en flor,
me he lavado tres veces la boca
con agua y jabón de olor.

—¡«Mala Sombra»! —llamó Ramón—. Termina pronto que nos vamos.

—¡Maldita sea! —refunfuñó—. ¡Adiós, Cletita! Volveré para darte ese beso.

—¡Adiós, «Mala Sombra»! Vuelve pronto.

DON DOROTEO CAZA UNA PALOMA

Al llegar a la posada, Ramón hizo un descubrimiento: una paloma mensajera encerrada en una cesta. Extrañado por su hallazgo, preguntó a «Mala Sombra»:

—¿Quién ha traído esto aquí?

—Verá usted, patrón—explicó «Mala Sombra»—. Ayer, después de comer, cuando fui a ver a Cleta, me preguntó si iríamos a la kermesse, y como yo le dije que no podía contestarle, pues no sabía lo que decidiría usted, me entregó dos palomitas para que enviara mi respuesta con ellas. Una la empleé para mandarle el recado, la otra se quedó aquí.

—Está bueno, «Mala Sombra». Pero ya que la tenemos aquí, la aprovecharé.

Ramón cogió un trozo de papel y comenzó a escribir una carta. Cuando la hubo concluido, la ató a la palomita y la soltó.

La palomita dió varias vueltas en el aire para orientarse. Después, como una flecha, se dirigió a casa de Catalina; pero con tan mala fortuna que el animalito se posó en la ventana de don Doroteo, quien, extrañado al ver el papelito atado en su pata, quiso saber de lo que se trataba. Cogió el mensaje y desdoblándolo, leyó:

«Catalina: pecaría de ingrato si en estas líneas no le expresara mi agradecimiento por la felicidad que he alcanzado conociéndola.

«Quiero decirle también lo que por palabras no he sido capaz de expresar: que la amo con toda mi alma y que una sola palabra de usted hará que no abandone nunca este pueblo a no ser en su compañía.

«Espero impaciente su contestación, mientras tanto quedo a sus pies. — Ramón Pineda.»

—¡Otra vez Ramón Pineda! ¡Maldito forastero!—clamó indignado don Doroteo, y comentando el último párrafo de la carta añadió—. Dice que espera impaciente la contestación de mi hija. Está bien, ya la recibirá.

Después de decir estas palabras, don Doroteo se dirigió a la habitación de Catalina.

—Hola, papá—saludó ésta sin sospechar lo que se le venía encima.

—Hola, hijita—dijo don Doroteo, mal disimulando su pésimo humor—. He venido para dictarte una cartita. Coge papel y pluma y escribe—ordenó.

Catalina obedeció, extrañada. Don Doroteo comenzó a dictar.

* * *

—Peor que una bofetada en pleno rostro le sentó a Ramón la carta de Catalina.

«Mala Sombra», que vió en el semblante de su patrón el dolor, preguntó:

—¿Malas noticias?

Ramón, por toda respuesta, leyó la carta en voz alta:

«Caballero: Espero que sabrá comprender que todo lo nuestro no fué más que un pasatiempo del que no quiero saber más. Le ruego que abandone este pueblo lo antes posible y deje de importunarme. — Catalina.»

«Mala Sombras» se quedó estupefacto.

—¿Qué haremos ahora, patrón?

—Marcharnos inmediatamente.

—Tiene usted razón. Y ya que han matado sus ilusiones, mataré las mías—dijo «Mala Sombras», sacando un rizo de cabello de su bolsillo.

—¿Qué es eso?—preguntó extrañado Ramón.

—Un rizo del cabello de Clea. Pero ya no lo quiero. He decidido romper con ella—respondió «Mala Sombras», tirando tristemente el mechón de cabellos de su novia.

—Está bien, «Mala Sombras». Y ahora que nada tenemos que hacer ni tú ni yo en este pueblo, vayámonos cuanto antes.

—Oiga, patrón—dijo «Mala Sombras» un tanto pensativo—. ¿No cree usted que antes de marcharnos, debería usted pedir alguna explicación a esa mujer? Yo creo que en todo esto debe haber gato encerrado. ¿No le parece a usted lo mismo, patrón?

—Tal vez tengas razón, «Mala Sombras». Antes de marcharnos iremos a ver a Catalina.

En la misma posada donde se albergaban contrató a un grupo de músicos para que le acompañara a casa de Catalina, pues era su intención cantar bajo sus ventanas su canción favorita, para hacerle ver lo que había sufrido con su desprecio. Después, si ella se asomaba, le pediría explicaciones.

Cuando Ramón comenzó a cantar, su voz, estimulada por sus sentimientos, sonó triste y melodiosa:

«¡Viva mi desgracia!»

¡Viva mi desgracia, pues!,

ya que no me quieres tú

porque estoy decepcionado yo

de todas las mujeres.

Cuando yo te conocí

tuve una esperanza en ti;
fué tan sólo una ilusión de amor,
pues luego te perdí.

En la vida desengaños
no se olvidarán,
ni ya nunca más
me podré curar del rayo
que nos hirió con su mal.

¡Viva mi desgracia, pues!,
ya que no me quieres tú
porque estoy ya decepcionado yo
de todas las mujeres.
Cuando yo te conocí
tuve una esperanza en ti;
fué tan sólo una ilusión de amor,
pues luego te perdí.

No puedo decir...
que no tengas corazón,
a ti te lo di
¡con tanta devoción!
Palabras de un cantar...
Yo mi vida te entregué.

(Bis)

¡Viva mi desgracia, pues!, etc.

(Bis)

Después de cantar la última estrofa, Ramón esperó que la ventana se abriera, pero fué en vano. Catalina había estado escuchando y hubiese querido asomarse para explicarle el porqué había escrito esa carta, pero el temor de ser descubierta por su padre la hizo abandonar la idea de toda explicación a Ramón y por ello no abrió la ventana.

—Bueno—dijo Ramón a «Mala Sombra»—. Todas las mujeres son iguales. ¡Vámonos! —y dirigiéndose a los músicos del mariachi, sacó un billete de su bolsillo—. Tengan para que se compren cigarros.

—Gracias—respondieron a coro.

«Mala Sombra», que se daba cuenta de lo que en aquellos instantes sufría su patrón, quiso consolarle, y para ello le ofreció un trago de su botella-pistola.

«Para calmar las penas
y los dolores,
los tragos de mi botella
son los mejores.»

—Beba, patrón.

LOS EFECTOS DEL ALCOHOL

Ramón, que también esta vez creyó necesitar de ella, echó un trago. Nada más echarse al colete una insignificante cantidad de la mezcla explosiva, sintió que una corriente de lava descendía hasta su estómago. Dió un grito salvaje y sin pensar en lo que iba a hacer, trepó por la pared del edificio y se encaramó a la ventana de Catalina.

Cuando alcanzó el balcón, empujó sus puertas y entró.

Catalina, que se hallaba acostada, se llevó un sobresalto al ver que Ramón había entrado en su habitación.

—¿Cómo se atreve?—preguntó, indignada.

—¿Desde cuándo un marido tiene que pedir permiso para entrar en la habitación de su mujer? —y añadió—: He venido para que me dé explicaciones por su carta.

Catalina, que notó en la voz de Ramón que se hallaba bajo los efectos del alcohol, amenazó:

—Salga inmediatamente de esta habitación o grito.

—Sí, grite usted. Así vendrá su papaito con una pistola, nos pegará un tirito a los dos y moriremos abrazados.

Catalina cumplió su amenaza. Su grito se oyó hasta en el úl.

timpo rincón de la casa. Don Doroteo y Clea se levantaron apresuradamente de sus camas y se dirigieron a la habitación donde había sonado el grito.

Comprendió Catalina que si su padre descubriera a Ramón podía éste pagar cara su osadía, por ello se arrepintió de haber gritado. Su apuro no tuvo límites cuando oyó pasos que se acercaban a su habitación.

—¡Ramón!—ordenó—. ¡Escóndase en ese armario antes de que entren!

Ramón obedeció. En ese momento llamaron a la puerta.

Catalina se levantó y cubriéndose rápidamente con una bata se dirigió a abrir la puerta. Nada más dar los primeros pasos se detuvo: había visto el sombrero de Ramón en una butaca. Lo cogió y abriendo el armario se lo entregó a su dueño que estaba dentro.

—Guarde esto—musitó y cerró la puerta del armario, pero con tan mala fortuna que el barboquejo del sombrero quedó enganchado y a la vista de todos.

Catalina, sin darse cuenta de ello, corrió hacia la puerta, pues su padre llamaba con insistencia.

—Catalina, Catalina. ¡Abre!

—¡Voy, papá!

Abrió la puerta.

—¿Qué ha sucedido, hija mía? ¿Por qué has gritado?—preguntó don Doroteo, recorriendo con su mirada la habitación.

—Nada, papá. Qué he visto una rata y me he asustado.

Clea, que había entrado detrás de don Doroteo, dió un grito al oír las palabras de Catalina.

—¿Qué miedo!—exclamó.

—¿No comprendo cómo has podido ver una rata en la habitación? Nunca ha habido ratas en esta casa—dijo don Doroteo.

—Sí, papá—afirmó Catalina—. Era una asquerosa rata de campo muy grande.

Buscaron los tres por la habitación para ver si la encontraban. Clea descubrió el barboquejo del sombrero de Ramón pillado en

la puerta y se dirigió hacia el armario, sospechando de qué se trataba. Catalina le ordenó asotto voces:

—¡Quieta!

La busca fue infructuosa y don Doroteo dijo:

—Habrá sido una imaginación tuya, Catalina. Puedes dormir tranquila, ya has visto que no hay nada. ¡Buenas noches, hijita!

—dijo, dándole un beso en la frente. Se marchó, y cuando cruzaba la puerta, añadió—: ¡Ah! Se me olvidaba. Si tienes que soñar, sueña con Pipo — y al decir las últimas palabras le guiñó un ojo.

Catalina se despidió de su padre y, dirigiéndose a Clea, dijo:

—Puedes marcharte.

Clea miró picarescamente al armario y haciendo ademán de marcharse, dijo:

—Buenas noches —y añadió, burlona—: ¡Quién fuera rata, nera!

Cuando Ramón oyó que habían cerrado la puerta salió del armario.

—Conque soy una rata de campo asquerosa, ¿eh? Gracias por su cumplido —y añadió—: Y conque también hay un Pipo, ¿eh? Vaya, señorita, no sabía que jugara usted con dos barajas. Ahora ya no necesito sus explicaciones. Me marchó, pero le ruego me permita que nos despidamos como buenos amigos—dijo, acercándose a ella—. ¡Deme un abrazo!

Catalina retrocedió, pero no consiguió escapar a los brazos de Ramón que la estrecharon. Catalina forcejeó y cuando logró desasirse, le tiró, indignada, el anillo que le dieron en la kermesse y que aun conservaba.

—¡Es usted un grosero!

No hizo caso Ramón del insulto.

—Adiós, Catalina—dijo, dirigiéndose hacia la ventana—. ¡Ah! Se me olvidaba —añadió, burlón, repitiendo las palabras de don Doroteo—. Si tiene que soñar, sueña con Pipo.

Una carcajada graciosa y sonora acompañó las últimas palabras del simpático Ramón, y tras una mirada amorosa a la hermosa Catalina, lentamente fué alejándose de la casa, algo dolido por esto

de que su amada le hubiera devuelto la sortija, que era promesa de amor.

Catalina quedóse cabizbaja y de mal humor, aunque en el fondo deseaba que aquella morriña fuera pasajera.

Cómo no, si le quería mucho y era el hombre de sus sueños...

A lo lejos, perdiase entre la arboleda una canción de Ramón, que a flor de labio iba canturreando, promesa de amor y cariño.



FALSA INTERPRETACION

Don Marcial Pineda estaba impaciente por la tardanza de su sobrino. Viendo que habían transcurrido dos días y que no regresaba, empezó a temer que el pasar el domingo en la Gloria no había sido más que una excusa para huir de Gracia, y por ello decidió ir en su busca.

Se dirigió a la farmacia de «El Infortunio» para comunicar a Ruperto su decisión.

—Buenos días—le saludó el farmacéutico.

—Buenos días, Ruperto. Voy a salir de viaje y venía para preguntarle si estaba dispuesto a acompañarme.

—Si usted lo desea, sí.

—Pues bien, quiero que usted y su hermana Gracia me acompañen a la Gloria. Voy en busca de Ramón, y allí donde lo encuentre, allí se ha de casar con su hermana.

—¡Muy bien dicho!—aprobó Ruperto, entusiasmado, y sacando una pistola de su bolsillo, añadió—: Yo le ayudaré a convencerle.

—No, no será necesario—dijo don Marcial, un tanto molesto por el excesivo entusiasmo de Ruperto.

—Está bien—dijo éste, guardándose la pistola en el bolsillo—
¿Cuándo salimos?

—Partiremos en el próximo tren. Así es que preparen pronto
su equipaje. Yo voy a preparar el mío. ¡Adiós! —dijo, despidiéndose—
Les espero en la estación.

• • •

Nada más llegar don Marcial a la Gloria, se dirigió acompañado de Ruperto a casa del Presidente municipal, pues él y don Doroteo habían sido condiscípulos en su juventud.

Encontró a su antiguo compañero que estaba hablando con don Leandro.

Fué recibido cariñosamente por don Doroteo y, después de las presentaciones, le preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Marcial?

—Vengo en busca de mi sobrino.

—¡Caramba! No sabía que estuviera en la Gloria.

—Sí, vino a pasar el domingo acompañado de un criado nuestro.

Al oír este detalle, don Doroteo empezó a asociar a los dos forasteros que había encarcelado el día anterior, con el sobrino y criado de su amigo Marcial.

—¿Cómo se llama tu sobrino?—preguntó.

—Ramón de nombre—respondió don Marcial—y de apellido, Pineda, como yo.

—¡Ramón Pineda tu sobrino! ¡Debí habérmelo figurado!

—¿Lo conoces acaso?

—Ya lo creo. Pero de haber sospechado que era tu sobrino, no le hubiese encarcelado.

—¿Cómo?—preguntó don Marcial, anonadado por las palabras de su amigo.

—No fué nada. No te preocupes. Todo se arregló—tranquilizó don Doroteo—. Ya está fuera de la cárcel.

—Pero, explícame, ¿Qué hizo para merecer ser encarcelado? —preguntó, preocupado, don Marcial.

Don Doroteo le explicó la causa del arresto y don Marcial respiró aliviado al comprobar que no había sido una causa grave, como había temido al principio. También se alegró al saber que Ramón había sufrido un nuevo desengaño amoroso. Así—pensó—pueda que acepte a Gracia en matrimonio sin oponer mucha resistencia.

—... y eso es todo—terminó don Doroteo—. Y si logras sujetarlo un poco, estoy seguro de que no se desmandará nuevamente.

—Eso pienso hacer—respondió don Marcial—. He decidido que se case y siente cabeza. Por ello he venido acompañado por este señor—dijo, señalando a Ruperto, quien hizo una pequeña reverencia— y por su hermana Gracia, prometida de Ramón, precisamente para que se casen.

—¡Qué coincidencia!—exclamó don Doroteo—. Don Leandro, a quien le acabo de presentar, es el padre de Pipo, prometido de mi hija Catalina, y precisamente en esta instante ultimábamos los detalles para la fiesta que haremos para anunciar la boda. Ya que, además, hoy regresa Pipo de un viaje. Así es que, si tú quieres —invitó don Doroteo—, podemos aprovechar esta fiesta y anunciar las dos bodas. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico!—aprobó don Marcial.

—¡Estupendo!—comentó don Leandro—. ¡Dos bodas en un día! ¡Será una fiesta inolvidable!

—¡Maravilloso!—dijo botando de alegría Ruperto.

—Pues en marcha — animó don Doroteo—. ¡A prepararlo todo!

Se despidieron. Don Marcial fué en busca de su sobrino para comunicarle lo que acababan de acordar.

Después de lo sucedido con Catalina, Ramón y «Mala Sombra» se dispusieron a regresar a su pueblo. Cuando no hallaban preparando el equipaje llegó don Marcial. La sorpresa de Ramón fué extraordinaria.

—¡Tío!—exclamó.

—No me llames tío—increpó don Marcial—. He sabido que con tus desmanes has deshonrado nuestro nombre y he decidido por ello acabar radicalmente con tus locuras. ¡De este pueblo no saldrás sino es casado!

Ramón escuchaba las palabras de su tío sin replicar. Don Marcial se sentó y siguió hablando.

—He estado hablando con el presidente municipal...

—¿Lo conoce usted, tío?—interrumpió Ramón.

—Ya lo creo. Somos grandes amigos desde que éramos unos chiquillos—dijo don Marcial, respondiendo a la pregunta de su sobrino, y añadió—: Hablé con él y me dijo que también está dispuesto a que su hija contraiga matrimonio, por ello hemos acordado anunciar vuestras bodas mañanas por la noche en una gran fiesta. ¿Qué te parece?

Ya fuese porque don Marcial no se explicó bien, ya porque Ramón lo interpretó mal, el caso es que su tío se refería a la boda suya con Catalina, y exclamó, alborozado por esta causa:

—¡Estupendo, tío! ¡Cuánto me alegro! ¡Me ha dado una verdadera alegría!

—Ya lo sabía yo, Ramón querido, que sería para ti una gran satisfacción—dijo don Marcial, y añadió mientras se levantaba—: Bueno, ahora a esperar hasta mañana. Yo estoy hospedado en otro albergue, pues cuando vine no sabía dónde estabas: así es que me marché. Ya vendré a buscarte. ¡Adiós!

—¡Adiós, tío!

—¡Adiós, patrón!—dijo «Mala Sombra», que había permanecido callado hasta entonces.

Cuando se marchó don Marcial, la escena de entusiasmo fué mucho mayor. Ramón, enloquecido de alegría, tiró el equipaje por el aire, empezando a dar gritos de contento. «Mala Sombra»

fué víctima de este entusiasmo, pues los abrazos que le prodigó Ramón en su frenesí le dejaron los huesos molidos.

Poco podía pensar Ramón la confusión que había sufrido y el mal entendido que había ocasionado su atolondrada contestación, equívoco que costaría de rectificar, pues su tío don Marcial había quedado convencido de que la novia de su sobrino Ramón no era otra que Gracia, hermana de don Ruperto.

El pobre «Mala-Sombra» correspondió también al contento de Ramón, y los dos, cogidos del brazo, se ausentaron cantando unas coplas con la mayor alegría y llenos de entusiasmo y frenesí.



FIESTA DE PRESENTACION DE NOVIOS

La casa de los Flórez hervía de ajetreo. Todos sus moradores se afanaban en preparar la gran fiesta que se iba a celebrar aquella noche.

Por fin llegó el gran momento y los invitados comenzaron a llegar. Entre ellos, Ramón y don Marcial.

—Buenas noches—saludó don Marcial a su amigo Doroteo—. Tengo el gusto de presentarte a mi sobrino Ramón.

—Ya he tenido el honor de conocerle—dijo don Doroteo, estrechando, no obstante, la mano que le tendió Ramón.

La orquesta de jazzband, que había sido contratada por don Doroteo, comenzó su actuación. Ramón, viendo a Catalina, pidió permiso y se dirigió a ella.

—Bailamos, Catalina—invitó.

Catalina dudó un poco, pues aun estaba reciente la impertinencia cometida por Ramón, pero terminó aceptando su invitación.

Al quedarse solos los dos amigos, preguntó don Doroteo:

—¿Ha llegado ya la prometida de tu sobrino?

—Sí—asintió don Marcial—. Ella y su hermano esperan tan sólo que se anuncie el enlace para entrar en el salón.

—¡Magnífico!—aprobó don Doroteo—. También Pipo ha llegado y está esperando lo mismo.

—Pues entonces, ya podemos anunciar las dos bodas.

—De acuerdo.

Don Doroteo subió unos cuantos peldaños de la escalera que conducía al piso superior y haciendo una señal a los músicos para que callaran, dijo en voz alta:

—Distinguidas damas. Respetables caballeros: hemos tenido el honor de invitarles a esta fiesta, para anunciarles el enlace matrimonial de Ramón Pineda, sobrino de mi gran amigo Marcial Pineda...

Al oír mencionar su nombre, Ramón se estiró orgulloso y miró complacido a Catalina.

—... con la señorita—prosiguió don Doroteo, señalando a la puerta por la que entraban Gracia y Ruperto— Gracia Ramírez.

Ramón se quedó estupefacto. Antes que tuviera tiempo de reaccionar, don Doroteo prosiguió, señalando a Pipo que entraba en aquel momento acompañado por don Leandro:

—Tengo, además, el gusto de participarles la boda de mi hija Catalina con José Pareda, hijo de nuestro ilustre convecino Leandro Pareda.

Ramón contempló al adefesio que acababa de entrar. Todo le molestó en él. Su rostro de imberba y su presunción. Pero lo que más le indignó fué el verle vestido de frac. Casi todos los invitados habían acudido con trajes mejicanos y él mismo llevaba un traje de charro, negro y con adornos de plata, y por ello le molestó que el mentecato de Pipo alardeara de elegante vestido con prendas sacrílegas para una aldea mexicana. Todo esto, sumado a la indignación de la que estaba poseído por la burla de que se creía objeto, le hicieron precipitarse rabioso hacia el rellano de la escalera en donde estaban don Doroteo y su tío.

—¡Señores!—gritó—. ¡Esto es una burla que no puedo tolerar!

La expresión de asombro fué general.

—¿Qué locuras dicen?—increpó don Marcial a su sobrino.

—Usted me prometió que hoy se anunciaría mi boda con Catalina, y, cuando vengo dispuesto a casarme con ella, resulta que me traen a esos dos mentecatos—dijo, señalando a Gracia y a Pipo—, y quieren que me case yo con la una y Catalina con el otro. ¡Pero yo no lo consentiré!

—¡Ramón, detén tu lengua!—ordenó don Marcial.

—¡Echente de aquí! Está loco—dijo Pipo.

Gracia simuló un desmayo. Don Doroteo se puso fuera de sí. Catalina se hallaba confusa.

Por fin, don Leandro, que estaba más sereno, impuso orden.

—Cálma, tranquilidad, señores. Aquí ha habido un mal entendimiento y vamos a arreglarlo todo —y añadió, dirigiéndose a Ramón—, Usted ha dicho que se quiere casar con Catalina, ¿verdad?

—Eso he dicho—y añadió resuelto—. Y eso haré.

—¿Son acaso novios?—preguntó don Leandro.

Ramón no respondió en seguida. Efectivamente, no eran novios y estaba por ello en situación de inferioridad. Pero reaccionó rápidamente y dijo:

—¿Es que es necesario ser novios para casarse? Yo creo que basta que un hombre y una mujer se quieran.

—¿Y cree usted que Catalina le quiere?—preguntó don Leandro, y dirigiéndose a Catalina le dijo—: Explicale tú a este sujeto que a quien quieres es a mi hijo Pipo, con el que estás prometida.

Catalina se halló en una situación embarazosa. Una mirada severa de su padre la obligó a contestar.

—Sí, es cierto—respondió débilmente.

—Ya lo ha oído, caballero—dijo don Leandro a Ramón—. Y ahora lo que debe hacer es cumplir su compromiso con esa señorita —y al decir estas palabras señaló a Gracia.

—¡Lo mismo!—ordenó don Marcial—. ¡Cásate con Gracia o de lo contrario aléjate de mi vista!

—¡Prefiero lo segundo! —exclamó Ramón—. ¡Adiós! —su despedida sonó como un latigazo, tal era su furor.

Se abrió paso a empujones, y ya en la calle se reunió con «Maia Sombra».

Todos los reunidos quedaron perplejos.

¿Cómo era posible que Ramón, que le consideraban tan serio y tan hombre, se hubiera vuelto atrás, comprometiéndose además a todos ellos, y dejando a la pobre Gracia compuesta y sin novio?...

Aquello no era para contarlo. Debían buscar una solución, y convencer a Ramón que tales cosas no podían hacerse, y empezaron a cambiar impresiones.



ENSALADA DE GOLPES

La confusión que esta escena había originado costó trabajo deshacerla. Por fin, poco a poco se fueron serenando los ánimos, y la fiesta continuó celebrándose, pero sin Catalina, pues se marchó a su habitación zpesadumbrada.

—«Mala Sombra»—dijo Ramón una vez en la calle—. ¿Dónde están los músicos que te encargué?

—Los tengo en el bolsillo.

—No es este momento para bromas—reprendió Ramón.

—No es ninguna broma, patrón—dijo «Mala Sombra», sacando de su bolsillo una flauta y tocando con ella unas notas.

Al instante comenzaron a llegar un gran número de músicos que habían estado esperando esta señal.

La intención con que Ramón había contratado al mariachi había sido para que celebraran con su música el anuncio de su boda con Catalina. Pero ahora quiso aprovecharlo para que interpretaran su canción predilecta.

—¡Eh, muchachos! —ordenó—. Toquen «¡Viva mi desgracia!».

Los músicos obedecieron. El estado de ánimo de Ramón le impidió cantar su canción, tenía el corazón hecho trizas.

«Mala Sombra», viéndole tan triste, trató de animarle.

—¡Ánimo, patrón! Eche un traguito— dijo, ofreciéndole su botella.

Ramón no se lo hizo repetir. Se echó al colete un buen trago, y como en las otras ocasiones, se produjeron en él trastornos físicos y mentales, que esta vez le impulsaron a escalar las paredes en busca de una ventana abierta para lograr entrar en el edificio.

Mientras tanto en el interior de la casa se había restablecido casi el orden. Los músicos de jazzband se preparaban para seguir tocando.

Se oyeron en aquel momento, aunque algo amortiguadas por las paredes, las notas de las guitarras del mariachi contratado por Ramón.

Pipo, a quien no gustaba más que la música de jazz, al oír esta canción ordenó a la orquesta:

—¡Aprisa! ¡Toquen sus instrumentos y ahoguen esa música infernal!

Nunca hubiese dado esta orden. Una cuestión que hasta el momento había sido exclusivamente personal de Ramón, se hizo colectiva, pues al mariachi le indignó que trataran de combatir con una orquesta de hojalata a la música, de auténtica vena mexicana, de sus guitarras. Por ello, sin esperar ninguna orden, se lanzaron sobre la puerta y trataron de derribarla, dispuestos a emplear sus guitarras, no ya como instrumentos musicales, sino como armas contundentes con las que replicar a los músicos rascachí.

Ramón, que fracasada su intención de penetrar en el edificio llegó en aquel momento, viendo a los músicos dispuestos a intervenir en la cuestión, animó:

—¡Adelante, changos! ¡Que corra la sangre!

La puerta amenazaba con derribarse. Los que se hallaban en el interior del edificio empezaron a inquietarse y decidieron llamar a la fuerza pública. Don Doroteo cogió el teléfono:

—Señorita, póngame rápidamente con la Jefatura de Policía. Sólo unos segundos tardaron en ponerle la comunicación.

—¿Jefatura de Policía?—preguntó don Doroteo.

Desde el otro lado del hilo asintieron.

—Aquí habla el presidente municipal. Manden inmediatamente a mi casa toda la gendarmería de que dispongan. Están asaltándonos.

—A la orden. Vamos inmediatamente.

En el preciso momento de colgar el auricular la puerta cedió y el mariachi entró en tropel con Ramón a la cabeza. Algunos invitados que trataron de hacerles frente, fueron los primeros en recibir laña. Después, nadie se libró de su ración de estaca.

Para animar más la fiesta, «Mala Sombras» fué en busca de fuegos artificiales y volvió provisto de gran cantidad de cohetes, tracas y petardos. Desde la misma puerta comenzó a obsequiar a todos los participantes en el pueblato colectivo con una verdadera lluvia de fuego.

Tal fué el jolgorio que organizó, que vista la escena desde un poco lejos, no se distinguía bien si se trataba de un animado baile en una kermesse o del desembarco de las tropas aliadas en Normandía.

Ramón y Pipó se habían enzarzado, pero nada pudo hacer un pollito engomado y educado en los bares de las ciudades contra un rancharo curtido por el constante ejercicio físico al aire libre que su ocupación le exigía. Pipó rodó varias veces por el suelo y hubiera rodado muchas más a no ser por la llegada de los gendarmes que don Doroteo había avisado.

En pocos instantes la fuerza pública se hizo dueña de la situación y los asaltantes que no habían sido reducidos se vieron obligados a huir. Quedó sólo en escena Ramón Pineda y comenzó en ese momento su espectacular persecución.

Ramón, viéndose acorralado, echó a correr escaleras arriba, pero al llegar al primer rellano dos gendarmes le salieron al paso. Cortada su retirada por la barandilla, no tuvo más solución que dar un salto y con agilidad felina engancharse a la lámpara, que por efecto del empuje comenzó a oscilar. Cada oscilación de la lámpara causaba el espanto entre la concurrencia, pues los pies

de Ramón llegaban a la altura de las cabezas de los demás y en cada ir y venir rodaban unas cuantas personas por el suelo.

Esta escena no podía prolongarse mucho rato y la resistencia del cordón de la lámpara puso fin a ella, pues se rompió y Ramón cayó al suelo. Antes que tuviera tiempo de incorporarse, dos policías se abalanzaron sobre él y le sujetaron. Todos los circunstantes comenzaron a rodearle.

—¡Marcial! ¿No te opondrás ahora a que encarcele a tu sobriño, verdad?—preguntó rabioso don Doroteo.

—¡Ni a que lo ahorquen!—rugió don Marcial, exasperado por el escándalo dado por Ramón.

—¡Alto, señores!—clamó Ramón, rabioso—. ¡Aquí los únicos que merecen ser encarcelados y ahorcados son ustedes!

—¡Está loco!—dijo don Leandro.

—Yo diría borracho—insultó Pipo.

Ramón hizo un esfuerzo por desasirse de los gendarmes y abofetear al cretino de Pipo, pero no pudo conseguirlo.

—¡Ustedes mismos son los culpables de este escándalo!—acusó Ramón—. Lo han causado por querer separar dos corazones que estaban prometidos por amor —y añadió despectivamente, refiriéndose a los compromisos de bodas que habían sido anunciados en aquella fiesta—. ¡Y no por imposiciones familiares!

—¡Loco de remate!—exclamó don Doroteo, y dirigiéndose a Ramón le dijo:—¿Insiste aún, después de haberlo negado mi hija?

—Insisto, ¡porque me quiere!

Una carcajada general acogió las palabras de Ramón.

—Está bien, riarse todo lo que quieran—dijo Ramón—. Pero si me dejan en libertad un solo minuto les demostraré que es cierto lo que digo.

—¿Cómo?—preguntaron.

—Haciendo que la misma Catalina lo diga.

Esta vez la carcajada fué mucho mayor.

—Le apuesto lo que quiera —dijo Pipo— a que no lo consigue.

—¡Yo también se lo apuesto!—exclamó don Leandro.

—Está bueno, déjenme ir a hablarle.

—¡Alto! Esto es una apuesta—dijo Pipo—. Si pierde, ¿qué nos ofrece?

—Les prometo que iré a la cárcel sin ofrecer resistencia y además renunciaré a la herencia de mi tío. Pero —añadió Ramón— ¿y si gano?

—Pida usted lo que quiera—dijo Pipo.

—Pues si gano—dijo Ramón—, yo me casaré con Catalina y usted con Gracia. ¿Acepta?

Pipo retrocedió asustado. Le aterró la idea de tenerse que casar con aquella horrible mujer; pero, pensando en las pocas probabilidades que su contrincante tenía de ganar, dijo:

—Acepto. Pero que quede bien claro de que sólo dispone de un minuto.

Los gendarmes que sujetaban a Ramón se dispusieron a dejarlo libre.

—¡Alto!—les ordenó don Doroteo—. ¡No suelten a ese hombre! —y dirigiéndose a Ramón le expató—: ¿Cómo sabré que esto no es una triquiñuela suya para fugarse?

—¿Le basta mi palabra de honor?

—No, prefiero que le acompañen los guardias.

—Perdóneme que intervenga, Doroteo—dijo don Marcial—. Un Pineda acaba de dar su palabra de honor, y cuando un Pineda empeña su palabra, la cumple. Déjale ir sin los gendarmes.

—Está bueno—dijo don Doroteo—. Vaya usted, Ramón.

Los gendarmes le soltaron.

—Señores—dijo Ramón una vez libre—. Les he dicho que emplearía un minuto, y en sólo ese tiempo les demostraré que es cierto que Catalina me quiere. ¡«Mala Sombra»!—ordenó a su criado, que había logrado escaparse de las detenciones de la policía refugiándose en la cocina con Clea—. Toma esta cerilla y enciéndela —y añadió, dirigiéndose a todos los circunstantes—. Antes de que se apague cumpliré mi palabra.

Un silencio sepulcral acogió sus palabras. La expectación era extraordinaria.

«Mala Sombra» encendió la cerilla. Ramón, en vez de preci-

pitarse en busca de Catalina, con toda tranquilidad, como si no le importara el tiempo, comenzó a arreglarse la ropa y haciendo como si se quitara el polvo de sus botas cogió con rapidez y sin ser visto un petardo sin explotar que había en el suelo.

Después, subió las escaleras y se dirigió sonriente a la habitación de Catalina, situada en el primer rellano. Dió un ligero golpe con sus nudillos en la puerta y dijo:

—¡Catalina! ¡Ábreme!

El silencio acogió a sus palabras. Abajo, todos esperaban impacientes por ver en lo que concluía aquella original apuesta. Pipo, convencido de su victoria, miraba sonriente la cerilla que sujetaba «Mala Sombras». Poco a poco el fósforo se iba consumiendo.

—¡Catalina!—insistió Ramón—. Sal y confiesa ante todos el gran amor que me profesas.

Al otro lado de la puerta Catalina escuchaba nerviosa las palabras de Ramón. Hubiese querido salir y decir a voz en grito lo mucho que lo quería. Pero ella era hija de don Doroteo Flores y por encima de su voluntad estaba la de su padre, que le imponía su matrimonio con Pipo. Estos pensamientos la hicieron desoir las súplicas de Ramón.

—¡Catalina!—dijo Ramón con energía—. Voy a contar hasta tres, y si no abres... —se detuvo y encendió la mecha del petardo, tirándolo luego al suelo—. Si no me abres... —su voz sonó amenazadora—. ¡Me mató!

Catalina quiso abrir la puerta, pero también ésta se detuvo.

—Uno... Dos...—contó Ramón.

No le dió tiempo a llegar a tres. El petardo explotó. Catalina, asustada por la explosión, abrió apresuradamente la puerta.

—¡Ramón!—exclamó, precipitándose en sus brazos—. ¡No te mates! ¡Te quiero!

«Mala Sombras» dió un grito. El fósforo se había consumido en aquel momento y se había quemado los dedos.

Ramón cogió a Catalina en sus brazos y la mostró orgulloso. El rostro de la hija de don Doroteo resplandecía de felicidad al

sentirse en brazos de su amado: ya no le importaba demostrar el cariño que profesaba a Ramón.

Todos los circustantes miraban boquiabiertos a los dos enamorados que, con paso de ceremonia, descendían majestuosamente por las escaleras. Ya no cabía la menor duda de que cuanto había afirmado Ramón era cierto.

Pipo, desesperado por su fracaso, estaba temblando de ira, cuando la presión de un cilindro acerado en sus espaldas le heló la sangre. Era Ruperto que le entañaba con su pistola.

—¡Cumpla su promesa!—le ordenó—. ¡Cátese con mi hermana!

Pipo se mordió la lengua. Comprendió que no tenía más remedio que capitular y se dirigió a Gracia, tratando de simular con una horrorosa mueca de sus labios, una sonrisa.

—¿Permite, señorita?—dijo, ofreciéndole sus brazos.

Gracia no se hizo repetir la invitación. Se dejó caer como si fuese un saco de patatas en los brazos de Pipo, quien con su «dulce carga» desfiló, precedido por Ramón y Catalina, ante los invitados.

Los músicos supervivientes de la espantosa lucha que se había desarrollado momentos antes, al ver que sólo se había alterado el orden de los factores —es decir, el orden de las parejas—, y que de acuerdo con las propiedades de la multiplicación no había variado el producto —es decir, dos bodas—, comenzaron a interpretar la marcha nupcial, para solemnizar con sus acordes esos momentos.

Después, entre las notas de la música, menudearon los comentarios.

—Bueno, Doroteo—dijo don Marcial—. Creo que tu hija no se lleva un mal partido.

—Ni tú creas que hace mala boda tu sobrino—le contestó don Doroteo, dándole una amistosa palmadita en su espalda.

Ambos rieron felices, pues se alegraban del triunfo del verdadero amor. También ellos habían sido jóvenes y conocieron en sus tiempos el fuego de las flechas de Cupido, por ello no les importó la derrota que el dios del amor les había infringido, al

no tolerar que se celebraran dos bodas sin que él reinase en ellas.

A todo esto, Cleta tuvo envidia de las dos parejas, y viendo que «Mala Sombras» no se decidía a cargar con ella, le animó:

—¡Eh, aragán! ¿Es que yo soy menos que esas dos? ¡Carga conmigo!

Ante la idea de tener que soportar el peso de Cleta, «Mala Sombras» comenzó a sudar, pero sacando fuerza de su flaqueza, la cogió en sus brazos y marchó tras las otras dos parejas.

La comitiva así formada salió de la casa y se dirigió a la parroquia. Poco antes de llegar, y aprovechando un descuido de Ruperto, Pipo tiró su «preciosa carga» al suelo y echó a correr... Han transcurrido muchos años desde esta historia y nos aseguran que no le han vuelto a ver por la Gloria. Sin duda prefirió irse solo al infierno, que permanecer con Gracia en la Gloria.

Las otras dos parejas llegaron felizmente — bueno, «Mala Sombras», aunque feliz, un tanto molido — a la iglesia. Allí contrajeron matrimonio, marchándose después de la Gloria, para ir al paraíso de sus lunas de miel.

FIN DE LA NOVELA

LA CLASICA NOVELA CINEMATOGRAFICA

(150.000 letras de texto)

BIBLIOTECA CINE NACIONAL 2 ptas.

¡Me quiero!... ¡No quiero...	José Baviera
Ud. tiene ojos de mujer fatal	R. de Santmarín
Bras tres hermanas	Luisita Gargallo
Rehenidos	Emilia Aliaga
Don Floribundio	Valeriano León
Las hilas de la noche	Miguel Ligeró
La última falta	Miguel Ligeró
Martingala	Niño Marchena
Rápido usted	Celia Gámez
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
¡Ay-ay!	Inés del Val
¡Quién me compra un ho!	Maruja Tomás
El conchito madrileño	P. G. Valázquez
La reina mora	Padro Tardí
Maria de la O	Carmen Amaya
Alas de paz	Lys Volois

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

La arlesiana	Raimu
Marina	Richard Dix
Manchuria	Glória Swanson
Indiscreta	Brigitte Helm
Una de nosotras	Diana Karenne
El collar de la reina	Camilla Horn
Moral y amor	Cary Grant
Casino del mar	M. Chevalier
El caballero del Follis	E. G. Robinson
Pasaporte a la fama	Carmen Guerrero
Maria Elena (Flor de fuego)	Wynne Gibson
El sobre loco	Charles Collins
El bailarín pirata	Astaire - Rogers
Sigamos la flota	Lil Dagover
Mamá se casa	Robert Taylor
Melodía Broadway 1935	Gené Raymond
Apuesta de amor	Warren William
La vuelta de A. Lupin	Gino Cervi
Hócher Flaromosa	Lili Pons
El mundo a sus pies	A. Nazari
Sepultada en vida	K. Hepburn
Damas del teatro	Zaki Pitts
El detective y su com- pañera	Joan Fontaine
Sherlock en desgracia	Kate de Nagy
Una aventura de la Pon- padour	Boris Karloff
El poder invisible	Willie Birgel
Melodía ruta	Ann Sothern
Cupido sin memoria	Paula Wersaly
Maria, Elena	Clive Brook
El caso Vera	Joan Fontaine
La quimera de Half- wood	Heinz Ruhman
Los tres vagabundos	

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

El rey soldado	Emil Jennings
El malvado Carabel	Antonio Vico
El doctor Arrowsmith	Ronald Colman
El cardenal Richelieu	George Arliss

BIBLIOTECA CINE NACIONAL (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Carmen la de Triana	I. Argentina
Malicia de arrabal	Argentina - Gardel
La Millona	R. de Santmarín
El sobre loco	Luisita Gargallo
Suspiros de España	Miguel Ligeró
El difunto en un vino	Antonio Vico
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Melinas de viento	Padro Tardí
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
El crimen de medianoche	Ramón Parada
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Misterio en la marisma	Tony D'Aigry
Rosas de otoño	M. F. Ladrón G.
La patria chica	Estrallita Castro
La chica del gato	Isolda Hernán
Un enredo de familia	Mercedes Vacina
La culpa del otro	Luis Prendes
Fin de curso	Luchy Soro
Mi enemigo y yo	Luis Prendes
Y tú ¿quién eres?	Olvido Guzmán
Una mujer en un traje	Silvia Morgan
Una herencia en París	F. Béquer
Empezó en boda	Sara Montiel

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Sabó «Toomay de las Elefantus»	Michael Redgrave
Tú cambiarás de vida	Danielle Darrieux
Una chica imponente	Ann Harding
Mortal sugestión	Dolores del Río
Azonada	Judy Kelly
El misterio de Villa Rosa	Greta Gyn
Albargue nocturno	Claude Rains
Las dos niñas de París	Lil Dagover
¿Es mi hijo?	Mickey Rooney
Las vacaciones del juez Harvey	Cary Grant
La última avanzada	G. Cerbo - Taylor
Margarita Gautier	Mickey Rooney
Forja de hombres	
Bajo el manto de la ne- cha	Edmund Lowe
El pequeño lord	F. Bartholomew
El asesino invisible	Walter Abel
Alarma en el espacio	Michael Redgrave
Los dos pilletes	Jacques Taviol
Pygmalion	Leslie Howard

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Guadado con lo que ha-
cos.
 Por la dama y el honor
 El día que me quieras
 María Estuardo
 Lo prefiero millonario
 Los pilgrinos de la gloria
 La bella robótica
 Buscando fama
 Una mujer imposible
 El hombre del Nígar
 Extraños en luna de miel
 Fruto dorado
 Andrés Harvey, tenorio
 El secreto del marqués
 Irón
 Una hora en blanco
 La batalla
 La familia Robinson
 El valle del sol

Quien conquista es la
 mujer
 Casados sin amor
 La mujer de las dos ca-
 ras

Luna llena
 La hora radiante
 El signo de la cruz
 Cuando ellas se encuen-
 tran
 El rapto de Laura
 Una chica se divierte
 El Club 400
 Una mujer endiablada
 La vuelta del Rana. Ba-
 tado en la novela de
 Edgar Wallace

El gran jefe
 Cuando los hijos se van
 Otra vez más
 La hermanita del ma-
 yordomo
 Juventud ambiciosa
 El sospechoso
 Matrimonio de inconve-
 niencia
 Una chica afortunada
 La dama del tren
 Documento Z. 3
 Zazá

Michael Redgrave
 Paul Lukas
 Carlos Gardel
 K. Hepburn
 Gene Raymond
 James Cagney
 Ann Sothern
 Don Ameche
 Jerry Luger
 Victor Francen
 Hugh Sinclair
 Gable - Cuthbert
 Mickey Rooney
 Armando Falconi
 Ana Nándia
 Franchot Tone
 Charles Boyer
 F. Bartholomew
 I. Craig, L. Ball,
 A. Moreno

M. Hopkins
 Manjou-P. Negri
 Greta Garbo
 I. MacDonald
 Joan Crawford
 Friedrich March
 Joan Crawford
 Joan Fontaine
 Jean Arthur
 Anne Shirley
 Lupe Vélez
 Victor MacLaglen
 Fernando Siller
 Ronald Coleman
 Diana Durbin
 William Holden
 Ch. Laughton
 Diana Barrimore
 Jean Arthur
 Diana Durbin
 Isa Miranda
 C. Colbert

«Nueva serie» 3 ptas.

Olivia
 El duque de West Point
 El nuevo Zorro
 Rutas infernales
 Hombres intrépidos
 Kir Carson
 La ruta del este
 ¿Crimen o suicidio?
 ¿Qué lindo es Michoa-
 cín?

K. Hepburn
 Joan Fontaine
 John Carroll
 John Wayne
 John Wayne
 John Hall
 John Ayr
 Paul Kelly
 Tito Guizar

«Serie especial» 3'50 ptas.

Cuando quiere un meni-
 cano
 Así se quiere en Jalisco
 Diego Bandoras
 Perisno
 Jorge Negrete (Bicra-
 ta)
 La cámara diabólica (1.^a
 parte)
 El rayo de la muerte
 (2.^a parte)
 La Dolores
 Tardón de las fieras
 La madrina del diablo
 Sargento York
 Seda, sangre y sol
 Una carta de amor
 Una mujer internacional
 Mi novio está loco
 ¡Ay Jalisco, no te vales!
 También somos seres
 humanos
 La venganza de Lagar-
 dero
 Camino de sacramento
 Destino
 Extraña mujer
 La dama de la frontera
 Jorge Negrete
 Jorge Negrete
 Jorge Negrete
 Jorge Negrete
 Flash Gordon
 Flash Gordon
 Arturo Gadoy
 Buster Crabbe
 Jorge Negrete
 Cary Cooper
 Jorge Negrete
 Jorge Negrete
 George Brent
 Dennis O'Keefe
 Jorge Negrete
 Burgess Meredith
 Jorge Negrete
 Jorge Negrete
 Ingrid Bergman
 Hedy Lamarr
 Yvonne de Carlo

SELECCION BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la lima y al limón
 La Parrala
 Verbena
 Rosa de Africa
 Noche de un año
 Cautivo del deseo
 Flor de espino y prezo-
 nes de Albalón
 Tálcen
 Buenos noches
 Oroño
 Miguel Ligeró
 Marija Tomás
 Marija Tomás
 Tomás - Medina
 A. Nazzari
 Lullie Howard
 Gracia de Triana
 Roberto Ray
 María L. Girona
 Roberto Ray

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina
 Miguel Ligeró
 Estrellita Castro
 Alfredo Mayo
 Melvyn Douglas
 Manuel Luna
 Antonio Vico
 James Stewart
 Charles Boyer (Su vida,
 triunfos y anécdotas)

CELEBRIDADES DEL CINEMA

75 cents.

Charles Boyer (Colo-
 cación de 8 postales)

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

CANCIONERO

de **Editorial "Alas"**

1 peseta

PEPE BLANCO
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
JUANITO VALDERRAMA
LOS MEJORES CANTARES
BONET DE SAN PEDRO
NIÑA DE LA PUEBLA
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIGUER
RAQUEL RODRIGO
PEPITA LLACER
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO



RAFFLES
IRMA VILA
NEGRETE
JUANITA REINA
NIÑO ALMADEN
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
PEPE MARCHENA
EL GRAN KI-KI
LOLA FLORES
JOSE MARIA
ALFONSO GUERRA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE - LOS CLIPPER'S

2 ptas.

CINCO VOCALISTAS DEL JAZZ - CINCO ESTILISTAS CALES - CINCO ESTRELLAS
CALES - CINCO ESTRELLAS DEL HOT - TRIO CALAVERAS - CUARTETO TROPICAL

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

4 ptas.